

INTRODUCCIÓN

UNIVERSO BENEDETTI

JOSÉ CARLOS ROVIRA, MÓNICA RUIZ BAÑULS
Y VÍCTOR MANUEL SANCHIS AMAT

En los días en que escribimos estas páginas, nos llegan imágenes de un coro improvisado por unas doscientas personas, la mayor parte de ellas profesionales de la Sanidad que, ante un hospital de Granada —el Universitario Virgen de las Nieves— cantan el “Te quiero” de Mario Benedetti. Se trata de una forma de estar cerca, al lado, de los que están dentro del edificio, en el drama de la pandemia y la respuesta de la sanidad pública, mediante una canción reivindicativa de la esperanza, la lucha y el futuro.

La cantó Nacha Guevara en 1977 con música de Alberto Favero y la popularizó, hasta el punto de que Mario decía que le ponía nervioso, le molestaba, que se oyera ya en todas las bodas, en Montevideo y Buenos Aires, por un público que no entendía bien el sentido de aquellos versos:

Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia

si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos

tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada

te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro

tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía.

(Benedetti, *Inventario* 230-231)

Era el efecto de una canción popular que deambulaba sin control por espacios diversos, por recuerdos desiguales y hasta por sueños heterogéneos, lo que quizá sea una de las grandezas mayores de lo que vamos a llamar “Universo Benedetti”, que es una de las aventuras más extensas e intensas de comunicación —poética, narrativa, ensayística, teatral, periodística— que nuestro tiempo nos ha permitido conocer. Este poema concretamente tiene casi un centenar de versiones individuales, corales y orquestales en una red como YouTube.¹

Mario Benedetti nació en Paso de los Toros, departamento de Tacuarembó, en Uruguay, aunque muy pronto Montevideo se convirtió en el ámbito vivencial de un niño que, en el barrio de Capurro, acumuló las primeras sensaciones para ser escritor y persona y para convertirse un día en otra voz de esa universalidad que la literatura uruguaya ha tenido también en nuestro siglo. Aquel Montevideo generó un poeta, un novelista, un autor teatral y un ensayista que, a lo largo de casi un centenar de libros, ha ido jalonando una de las escrituras más nutricias del castellano; una escritura que comenzó como aventura reflexiva con aquel *Peripezia y novela* en 1948, en donde podemos reconocer una mirada crítica temprana que completó enseguida con su mirada poética y narrativa: *Poemas en la oficina*, en 1956, y *La tregua*, en 1960, son dos libros que abren con fuerza una literatura que no ha parado de desarrollarse a través de obras muy valoradas como *Quién de nosotros* y *Gracias por el fuego* o los relatos de *Montevideanos* y *Geografías*. Y una voluminosa creación poética que se ha organizado en sus monumentales *Inventarios*; en todo ese tiempo tam-

¹ Benedetti, uno de los autores más presentes en las redes, es también uno de los más falsificados: circulan profusamente poemas como “No te rindas”, “Te quiero sin mirar atrás” o “Esperanza/Cuando la tormenta pase”, que no son del poeta uruguayo, sino falsificaciones o imitaciones atribuidas intencionalmente.

bién, la reflexión crítica, que se denominó en una recopilación imprescindible *El ejercicio del criterio* y que tiene ejemplos perdurables de pasión y lucidez.

Un recorrido breve por algunos significados de la obra de Benedetti puede ordenar este texto.

REENCUENTRO CON EL COMPROMISO

Fue en El Escorial, en los cursos de verano de la Universidad Complutense, allá por el 91 o 92, cuando Mario Benedetti pronunció una conferencia que se llamaba *Rasgos y riesgos de la actual poesía latinoamericana* (Benedetti, *El ejercicio* 35-142). Nos podíamos plantear ante ella que Mario estaba adentrándose en un terreno en que necesariamente iba a sufrir varias descalificaciones; también sabíamos que, junto a descalificaciones, Benedetti ha tenido grandes aprecio, grandes estimas, no solo de muchísimos lectores, sino de figuras muy cualificadas entre nosotros (destacaríamos a Manuel Vázquez Montalbán, al poeta y académico Ángel González, ya fallecidos, o a José Caballero Bonald y Luis García Montero, por citar solo algunos ejemplos de sus valedores).

Dejaba constancia el escritor en aquel texto de su apuesta todavía por una poética del compromiso, palabra denostada por la crítica y mucho más por una parte de la crítica académica. Por un lado, comentaba las certezas en las que parecía estar la poesía española, “muy segura de sus rasgos distintivos, de sus fobias y afinidades electivas”, mientras que la poesía en América Latina, nos decía, “sigue incansablemente buscando su identidad” y esto hace que “se la identifique como insegura u oscilante, pero también le otorga un dramatismo y una tensión interna que constantemente la despabilan, no la dejan anquilosarse en la monotemática o en el remanso del escepticismo”.

La constatación de que la crítica europea “vive el horror a la mera palabra *compromiso* y de poco a poco va contagiando esa repulsa a una parte de la crítica periodística latinoamericana, que ha aprovechado la oleada postmodernista para quedar bien con Dios y sin el diablo”, nos seguía diciendo, para vincular a continuación, a través de “una cierta complicidad”, al postmodernismo literario con el conservadurismo ideológico, y continuaba un análisis que, con lucidez, afrontaba un estado de la cuestión poética que conocíamos

bien en España, discurriendo por afirmaciones que hacían ver el panorama de atención que los llamados poetas sociales mantenían hacia la otra poesía, la de ensueños y quimeras, no solo validada, sino escrita también por estos, que, a pesar de que tuvieran también entre sus temas el amor, la religión o las construcciones metafísicas, eran sistemáticamente descalificados por su condición de poetas comprometidos. El panorama era este y supimos que Mario Benedetti estaba entrando en una confrontación antigua, que los años no habían recrudecido precisamente, pues esa parte de la crítica académica, periodística y ensayística que denostaba el compromiso había tomado el camino más cómodo del ninguneo o el desprecio.

A Mario no se le perdonaba además determinadas sinceridades vitales e ideológicas: su ataque al capitalismo y la globalización, su defensa de la Revolución cubana, su atracción inamovible hacia todas las causas de los oprimidos, etc. Dio en la Universidad de Alicante más de diez ruedas de prensa multitudinarias, y en todas ellas no faltaban los periodistas que, sin preguntar sobre su poesía, sobre el libro que presentábamos o sobre la actividad que hacíamos, le inquiriesen por sus posiciones sobre este o aquel conflicto político, sobre tal o cual problema en Cuba, sobre la guerra inmediata o declarada. Por supuesto que Benedetti nunca escondía el bulto y, siempre que era necesario, era activo defensor de firmezas ideológicas en medio incluso de las derrotas, en medio de las más inoportunas cuestiones que siempre han provocado respuestas rotundas y firmes, políticamente incorrectas, dado el clima de normalidad y uniformidad que los poderes siempre han querido situar en los debates contemporáneos.

¡Qué palabra la del compromiso, por otra parte! Se adentra tanto en la memoria de toda una época. Oímos otra vez hablar al escritor de *Convalecencia del compromiso* (Benedetti, *El ejercicio* 127-132) como diagnóstico de los años que vivimos. Se ha dicho alguna vez, en referencia precisamente a este tema, que “a una parte de nosotros la palabra *compromiso* nos sonará con la antigüedad de nosotros mismos”. Culturalmente, la palabra ha sufrido lesiones importantes producidas por la historia contemporánea. Desde luego, académicamente hablando, ha decrecido su uso hasta límites que solo los especialistas en taxonomías recuerdan que hubo también en España durante el pasado siglo, la centena del novecientos, hasta un grupo de poetas llamados “del compromiso”. Fue durante una dictadura que vivió nuestro país y que

algunos han intentado que sea también políticamente incorrecto recordar mucho. A los que hablan del compromiso todavía se los llama a veces “nóstalgicos”, sin entender que las trampas de la nostalgia no son las habituales de los que vivieron y sufrieron conscientemente una situación.

Lo más importante de Mario Benedetti en este tema fue la afirmación de no neutralidad, en un tiempo de pretendidas neutralidades culturales. Lo explicó poéticamente en un texto que se llama “Soy un caso perdido”, en el libro homónimo (Benedetti, *Inventario* 28-30). Cuenta Benedetti que un crítico sagaz ha descubierto la parcialidad del autor y le exhorta “a que asuma la neutralidad / como cualquier intelectual que se respete”. El escritor afirma finalmente que no será neutral, aunque sus textos hablen “de mariposas y nubes / y duendes y pescaditos”. Pues, bien, desde esa no neutralidad, creemos que Mario Benedetti realizó un conjunto de reflexiones poéticas, narrativas y ensayísticas que dan cuenta del tiempo que vivimos y de lo que probablemente habría que hacer en él o habría que haber hecho. No son textos políticos en un sentido directo; son textos que se convierten en una invitación moral a seguir pensando. Benedetti ha afirmado siempre la grandeza de aquellos poetas del compromiso que abren su obra a la consustancial complejidad del ser humano, creando un lenguaje propio en el que aparecen núcleos del amor, del dolor, de las preocupaciones metafísicas sobre el tiempo, sobre la vida y sobre la muerte. Y detecta en este entorno en los últimos años al crítico incriminador y delator que parece estar señalando todos los días “a los poderes fácticos y prácticos” al poeta comprometido, diciéndoles a estos poderes más o menos: “Pero, señores, ¿no os habéis dado cuenta de que este individuo defiende, así sea con metáforas, las revoluciones? ¿No habéis advertido que en el fondo escarnece y estigmatiza vuestros canonizados patrimonios y rentas?”.

Este discurso quizá sea clave de una escritura que, como señaló Mario Paoletti en su biografía, ha sido la de un aguafiestas (Paoletti, *El Aguafiestas*). Alguien que ha querido evitar festejos contemporáneos en los que se celebraba y se entronizaba, por ejemplo, el olvido. Entre las actitudes principales, aparece una forma todavía contemporánea de dar ánimos históricos a los contemporáneos repletos de desilusión. Hay un texto que recomendamos porque nos parece imprescindible para los tiempos que corren: *Los intelectuales y la embriaguez del pesimismo* (Benedetti, *El ejercicio* 103-112).

En él Benedetti detecta una devastadora corriente de pesimismo, realiza un análisis de lo que llama “razón mítica” frente a “razón crítica” y apuesta por esta última, tras recorrer la desacralización del intelectual y la civilización artificial, y a partir de aquí lleva a cabo una sencilla propuesta, constructora de una esperanza: la palabra sigue teniendo sentido y, en esa confianza, si cabe un margen de reconstrucción e incluso de modesto optimismo, del que nos dice que es “nada embriagador, por cierto, pero al menos no dissociado de lo posible. Entre la tanatología y el eudemonismo, entre el culto a los muertos y el de la felicidad [...] existe todavía una calle del medio por la que puede transitar, con los pies en la tierra, el hombre, ese hombre que [...] es, sobre todo, protagonista de la historia”. Este texto es de 1986, cuando Mario acababa de regresar a Uruguay tras la dictadura, y han pasado treinta y cinco años desde entonces. Hacer la afirmación del hombre como protagonista de la historia nos entreabre un sentido difícil para lo que está cayendo en estos tiempos en los que la llamada globalización explica y justifica cualquier fenómeno socialmente negativo en el planeta. Bien, no importa, como dice un fragmento del poema, “contra el optimismo / no hay vacunas”, pero maticemos de nuevo afirmando que se trata de un optimismo modesto, a la medida de los tiempos que corren, encarnado quizá en la figura de esos peregrinos que transitan en “Zapping de siglos” (Benedetti, *La vida* 369-374) —un poema del 97 al que le tenemos mucho cariño: fue su discurso de investidura como doctor *honoris causa* de la Universidad de Alicante— por un mundo desolado en el que van cabiendo pocas imágenes sociales positivas, al margen de las que van entablando los mismos peregrinos en su difícil diálogo con la historia.

REENCUENTRO CON LA MEMORIA

Otro de los itinerarios principales de la obra benedettiana es el de la memoria. Hemos vivido —en América Latina y hasta ahora mismo en España— tiempos de invitación social al olvido, mientras este escritor ha planteado una fuerte resistencia a todos los olvidos. En 1995 apareció *El olvido está lleno de memoria*, donde se explicitaba desde el primer poema la voluntad de recuerdo:

cada vez que nos dan clases de amnesia
y nos conminan a borrar
la ebriedad del sufrimiento
me convenzo de que mi región
no es la farándula de otros...

Tiempos y distancias marcan ese libro que deambula entre la memoria personal y la de la sociedad en que ha vivido. Si en la memoria personal, el amor, por ejemplo, se convierte en un núcleo de remembranza, en la memoria social va situando una figura contemporánea como la de los *olvidadores* (que no es lo mismo que los *olvidadizos*), pues estos, los olvidadores, son agentes activos de “la falsa amnesia de los despiadados”. Un núcleo social, por tanto, para afirmar categóricamente el pasado como morada indestructible, en metáfora que hace emerger varias veces el verso que da título a la obra.

Pero este libro no es otra cosa que la primera conclusión temática de una poética basada en la memoria que recorre tiempos diversos, concentrados en poemas y extendidos en relatos y novelas.

La posibilidad del olvido durante el exilio tuvo una modificación absoluta en el “desexilio”, el término que acuñó Benedetti en el regreso del 85. Se hacía necesario en la nueva situación plantear la memoria como núcleo estético personal y social. La afirmación de la memoria se hace en una novela como *La borra del café*, donde la experiencia narrativa se construye en el barrio infantil de Capurro y en una historia entramada inicialmente con la de su familia; y, más concretamente, en *Andamios*, donde la vida de un periodista desexiliado desde España a Uruguay permite una reconstrucción de tipos humanos de la propia sociedad (el confidente, el torturador, el militante que ha pasado la vida en la cárcel, etc.), junto al entramado moral de una sociedad que, a través también de la memoria, quiere pervivir y mantener esperanzas.

Observamos finalmente el avance de los *recordadores*, que en uso de Benedetti serían los agentes activos de la memoria, mientras algunas instituciones trabajan en dirección contraria. En España, hace años, de una forma abrumadoramente negativa, hasta procesando a un juez que trabajó por la memoria y la libertad. De todas formas, los *recordadores* están teniendo de nuevo la iniciativa en los últimos tiempos, desenterrando víctimas de la dictadura que todavía siguen en las cunetas, recordándolos y anulando la memoria

permanente y oficial del fascismo que este país mantuvo tras la guerra civil. La prensa hace suficiente crónica concreta de ello para que tengamos que recordarlo aquí de nuevo.

REENCUENTRO CON LA TERNURA

La ternura es uno de los itinerarios posibles de su obra. No tengamos miedo a la palabra *ternura* cuando hablemos de un escritor. ¿Cómo definiríamos una novela como *La tregua*, que Benedetti publicó en 1960? O, mejor, ¿qué puede hacer que una novela semejante siga estando vigente? Surgió, por otra parte, en un decenio de experimentalismo una obra construida mediante el recurso de diarios, los de Martín Santomé y su descubrimiento tardío del amor por Laura Avellaneda, narrando una peripecia de amor, de dolor en la pérdida física de ese amor, de ternura en una serie de situaciones que provocaron inicialmente algún desenfoque crítico. Recuerdo que fue Ángel Rama el primero que tipificó la obra en los recursos de casi una novela rosa. Rama tuvo tiempo para releerla después y de arrepentirse modificando su primer enfoque. Creemos que *La tregua* sigue resolviendo en su sencilla estructura narrativa un lenguaje propio que densifica la lectura de una historia común, de aniquilaciones cotidianas, de emociones cotidianas, como la capacidad de construir una historia con la que un lector puede identificarse y entablar un diálogo.

Un diálogo paralelo lo ha planteado mediante la poesía en un lenguaje que ha obtenido una respuesta continua de un público no habitual: señalamos siempre poemas como “Táctica y estrategia”, “No te salves”, “Chau número tres”, “Los formales y el frío”, etc., que asumen el valor incuestionable de la comunicación. Son también pasto de internautas enloquecidos que crean sus páginas con estos poemas. Y, además, son jóvenes que descubren un lenguaje posible de amor que tiene que ver con su mundo de intenciones y atenciones. Nos damos cuenta ahora mismo de que para algunos fue preocupante un poeta leído y seguido por los jóvenes...

El itinerario de la ternura nos permite reconstruir una intensa línea que recorre novelas, relatos, hasta uno como “El invierno propio”, que cierra *Bu- zón de tiempo* (199-204), la obra publicada en 1999. Lo releemos estos días.

Es muy sencillo, o muy difícil, situar a ese viejo profesor que se llama Aníbal Esteban Couto el día que cumple ochenta años con su familia alrededor, llena de hijos, hijas, nueras, yernos, nietos, sobrinos... y, luego, tras el final de la fiesta, tras la despedida de todos, el *whisky* cotidiano y el reencuentro tranquilo con la biblioteca de su casa, que “es su verdadera autobiografía”. La peripecia de la biblioteca trabajada como docente para preparar “clases, cursos, conferencias, seminarios, ponencias” mientras “tomaba notas y confrontaba textos, citas, bibliografías”. La evocación de que hubiera querido ser un lector sin rumbo predeterminado, dispuesto a descubrir en el disfrute de la lectura, y luego el recorrido por los libros esenciales que trazaron su biografía, momentos esenciales de la misma como el amor con su mujer fallecida, que surgió no a través del Neruda de los *20 poemas de amor y una canción desesperada*, sino extrañamente con un poema de César Vallejo como el “Redoble fúnebre a los escombros de Durango”. Un relato cotidiano que mantiene una peripecia cultural que, nos imaginamos, da cuenta de mucha gente, tiene muchas historias vividas detrás.

En este sentido, Mario Benedetti ha creado las trazas y las trampas literarias suficientes para que un lector común, sin complejos, pueda identificarse. Y, por supuesto, que como lectores comunes hablamos también, sin complejos, de que los grandes lectores pueden asimismo identificarse.

REENCUENTRO CON UN LENGUAJE

Ha habido una tendencia en algunos a menospreciar la aparente sencillez del lenguaje poético y literario que Mario Benedetti ha ido creando, sin valorar que esta está dentro de un proyecto global de comunicación que tiene que ver con la voluntad del escritor de “aludir al lector y no eludirlo”, objetivo que es una síntesis perfecta que el propio autor creó como valor último de su escritura.

En ese sentido su obra es sobreabundante. A través de la poesía, la novela, el teatro y el ensayo, este escritor ha escrito mucho y ha dicho mucho. Y ha seguido haciéndolo hasta el final. En los estantes de cualquier biblioteca, solo otro escritor en castellano ocupa un espacio similar con su obra, Pablo Neruda, como ejemplo de poeta desbordado y desbordante. En Benedetti, además, la novela y el ensayo transgreden casi todas las previsiones de escritura, con

casi un centenar de libros publicados que recorren con intensidad un camino que comenzó en 1948 con *Peripezia y novela* y llega hasta casi su final. De la última parte de su escritura, nos interesó particularmente *Adioses y bienvenidas*, obra con la que siguió abriendo novedades y posibilidades. Queremos decir que el primer itinerario, el de sus muchos años de escritor editado, sigue deparando todas las sorpresas posibles. Dice una vez, por ejemplo:

con la alborada
renacen los mejores
remordimientos,

que es algo que todos nos hemos dicho en alguna alborada y que dice el Haiku 78 del *Rincón de Haikus*, que fue en 1999 un nuevo episodio métrico y rítmico que tuvo, en la concentración de sílabas, poemas de amplitud explicativa de sí mismo y de su obra:

si me enternezco
dejaré de ser justo
pero qué importa,

como dice el Haiku 159.

Y hemos situado estos ejemplos para intentar reflexionar sobre que el lenguaje, de aparente inmediatez, es un trabajo continuo del escritor que ha ido modificando ritmos, léxico y sintaxis en un juego permanente con la palabra, aunque a fin de cuentas de lo que se ha intentado incriminar a Benedetti con este tema es de una vieja acusación que se concretó en una época en la frase “escribir para el pueblo”, escritura insoportable para los ojos de algunos pretendidamente exquisitos.

REENCUENTRO CON MONTEVIDEO

Fue hace años, a través del cuento *Geografías*, que da título al libro homónimo. La ciudad evocada en la lejanía tiene en él un bello relato contemporáneo sobre otro tiempo histórico cargado de dramatismo.

Benedetti, desde sus comienzos, es un maestro en la percepción poética del espacio urbano a través de la memoria precisa del lugar. Es memorable “Elegir mi paisaje”, del libro *Solo mientras tanto* (1950):

Ah si pudiera elegir mi paisaje
 elegiría, robaría esta calle
 esta calle recién atardecida
 en la que encarnizadamente revivo
 y de la que sé con estricta nostalgia
 el número y el nombre de sus sesenta árboles.
 (Benedetti, *Inventario* 506-507)

o del sentimiento de posesión del espacio en el pasado, como en el inolvidable “Dactilógrafo”, de *Poemas de la oficina* (1996), donde Montevideo

Era tan diferente era verde
 absolutamente verde y con tranvías
 y qué optimismo tener la ventanilla
 sentirse dueño de la calle que baja
 jugar con los números de las puertas cerradas
 y apostar consigo mismo en términos severos.
 (Benedetti, *Inventario* 487-488)

La perspectiva vital ante la ciudad, a pesar del tiempo, es el mecanismo de una memoria no desolada, donde convergen siempre las ansias de recuperación del pasado, al que retornamos como memoria personal y en el que confluimos a través de la experiencia del ayer.

Geografías, el relato al que se aludió antes, es un ejemplo de perspectiva de evocación urbana desde la distancia, en el que se interioriza además esa percepción como ciudad interior. Se trata, recordamos, de un encuentro de dos exiliados uruguayos en el París de los años setenta que, semanalmente, quedan para jugar a las *geografías*. El juego consiste en preguntarse minuciosamente por los espacios de la memoria de la ciudad obligatoriamente distante:

Siempre que me saca alguna ventaja se pone ensoberbecido y pedante, pero debo honestamente aclarar que hoy me va ganando gracias a una pregunta muy

rebuscada, casi fraudulenta, sobre no sé qué detalle de la pata delantera del caballo en el monumento al Gaucho, y a otra, no menos ponzoñosa, acerca de las ventanas del Palacio Salvo, undécimo piso, que dan a la Plaza Independencia. A mí eso me parece juego sucio, ya que, por mi parte, le hago preguntas normales, verosímiles y sencillas, digamos qué café está (o estaba) en la crucial esquina de Rivera y Comercio, o cuántas puertas de entrada tiene (o tenía) la tribuna Colombes en el estadio Centenario, o dónde está (o estaba) la parada final de la línea del ómnibus 173. (Benedetti, *Geografías* 15)

Se trata, nos dice el protagonista del relato, de “pavadas que uno inventa en el exilio para de algún modo convencerse de que no se está quedando sin paisaje, sin gente, sin cielo, sin país”. Inmediatamente el relato continúa con un reencuentro en un cruce de semáforo con un antiguo amor de uno de ellos, Delia, que acaba de salir de una cárcel de Uruguay, lo que precipita el juego en ese sabor dramático que podemos tener al regresar a una ciudad que hemos abandonado años antes. Delia les ratifica que perderían los dos montevidianos el juego, porque son muchas las cosas que se han destruido:

Ah, pero creo que ustedes no reconocerían la ciudad. Ese juego de las geografías lo perderían los dos. ¿Por ejemplo? Dieciocho de Julio ya no tiene árboles ¿lo sabían? Ah. De pronto advierto que los árboles de Dieciocho eran importantes, casi decisivos para mí. Es a mí al que han mutilado... (Benedetti, *Geografías* 17-18)

y sigue una larga evocación por la papelería la Platense, ahora convertida en un banco, el teatro Artigas, que es un *parking*, y otros lugares transformados hasta la sensación de que “todos los paisajes cambiaron, en todas partes hay andamios, en todas partes hay escombros”. El relato concluye además cuando los dos personajes que antes se amaron saben que ya no podrán continuar su relación, afirmando que nuestra geografía, nuestro cuerpo, también nos dice, pasado el tiempo, eso mismo de andamios y derrumbes.

La ciudad evocada es intensamente una relación dialéctica entre sus exteriores y nuestros interiores, manifestando en el cuerpo urbano el paso inexorable del tiempo, y con él se aúna el drama de una situación histórica (el exilio por la dictadura) y personal (el sufrimiento por aquella situación).

En los encuentros con esta ciudad podremos fotografiar con persistencia la pata derecha del monumento al gaucho o la ventana del piso undécimo del Palacio Salvo, espacios de intensidad literaria y memorial del relato.

En 2005, cuatro años antes de su fallecimiento, Mario publicó *Adioses y bienvenidas*, un libro en el que el autor es el Benedetti de siempre, incrementando algunos matices desolados, intensamente desamparados, como en el poema “Calles”, que está en ese libro, amenazante:

Después de los ochenta
y en franjas del crepúsculo
uno mira las calles
como si nos llevaran a la nada
los zaguanes bostezan
las ventanas entornan sus postigos
hay mendigos y guitarras que duermen
niños de ojos brillantes y azorados
esquinas de silencio y padeceres
dos o tres prostitutas que subastan sus muslos
y un algodón de nubes enganchadas
en el duro agujijón del rascacielos.
(Benedetti, *Inventario Cuatro* 64-65)

El ritmo y el lenguaje insiste en la nada como destino de las calles, lo cual es una nueva y lógica insistencia, aunque nos guste más el tono de un poema como “Metrópoli”, donde el escritor juega con contraseñas de la ciudad, el Montevideo sobre el que dice que es su maravilla, una ciudad que cambia en democracia, la gente se sonríe y hace gárgaras, se saluda de vereda en vereda, y acude al estadio a tomar mate. Una metáfora construida como tránsito de la vida pierde gravedad y trascendencia cuando observamos que uno de los mayores deterioros de la vida es que la gente que va al estadio sabe que

maracaná es reliquia del pasado
ya murieron obdulio y schiaffino
y los poquitos buenos que aparecen
se los llevan a roma o barcelona.
(Benedetti, *Inventario Cuatro* 108-109)

El recuento cotidiano más inmediato, junto a las preguntas esenciales sobre la vida, la pobreza, las guerras actuales, abre un campo trágico que Benedetti atenuó con un humor que penetra y suaviza el espacio denso del pesimismo. Hemos sonreído siempre con el poema “Agenda” de este libro, una breve autobiografía literaria y existencial en el que las libretas negras guardadas “en una linda caja de madera” van devolviendo recuerdos e imágenes como memoria satisfecha sin jactancia, memoria que conocemos como relato en la voz de Mario y en la voz de su hermano Raúl, otro personaje imprescindible del poema y de la vida, a propósito de las historias familiares de aquel abuelo “astrónomo químico y enólogo”, “natural de Foligno”, “que solo iba al cine a ver a Pola Negri”, y relata aquella historia de cuando su padre era niño, y lo vestían totalmente de rojo para que, en la casa de campo, su abuelo, el astrónomo, químico y enólogo, natural de Foligno (Italia), pudiera vigilarlo y localizarlo con un catalejo entre los prados cercanos. Aseguramos que, cuando Benedetti y Raúl recorrían estas historias conversacionalmente, era difícil retener la risa más espontánea.

Hay en este libro momentos trágicos, familiares, recientes a su escritura, que densifican desolaciones amplias solo contenidas por un dique de humor, como cuando anunciaba que con ochenta y cuatro años se le había acabado la agenda y se despedía, aunque pedía al lector que no se confiase, que no se hiciese falsas ilusiones por esa despedida...

A veces nos han preguntado —y nosotros mismos nos hemos preguntado— si Mario Benedetti no estaba escribiendo mucho y hasta excesivamente, lo cual provocaría falta de contención y depuración. En este libro reconoció el autor que sus versos surgen “por las dudas... como si fueran válvulas de escape”. Sobre la pregunta inicial, siempre podemos responder que Benedetti hizo bien escribiendo mucho, todo lo que pudo, disciplinada y diariamente... A fin de cuentas, su militancia principal, con todas la que mantuvo, fue la de la escritura. Y en eso es incuestionable que hubo un derecho del escritor, un deber moral del escritor, que condujo a que algunos críticos se sigan sobresaltando ante este *exceso* de escritura que tiene como contrapartida abundancia de lectores, lo cual, como ya dijimos antes, es un riesgo para los que consideran que la estabilidad cultural está en que la literatura no puede ser mayoritaria.

En todo su tiempo, desde la poesía, la novela, el ensayo, el artículo periodístico, los recitales, los cursos, Mario Benedetti fue un americano activo e imprescindible también de un cuarto de siglo español en el que para nosotros al menos no faltó nunca a sus obligaciones, las que lo convierten en uno de los principales testigos de la historia de un tiempo que, en el siglo que estamos, acrecienta todas las incertidumbres y los pesimismoes. Frente a estos, junto a Mario Benedetti, seguramente solo podremos salvarnos con compromiso, memoria, ternura, coherencia y humor, que son los paradigmas principales de una obra que se ha desplegado con fuerza por todos los caminos de la comunicación contemporánea.

MARIO BENEDETTI Y LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Fue hace treinta y un años cuando Mario Benedetti vino por primera vez a la Universidad de Alicante. Se leía una tesis de licenciatura sobre él, la de Rafael González Gosálvez, titulada *El cuerpo y la sombra: cuentos y novelas de Mario Benedetti*, y aprovechamos para que, tras una conferencia suya, asistiese a aquella defensa de la tesina. Era desde luego una encerrona que le estaban gastando al tesinando y al tribunal que juzgaba aquel, sin duda, interesante trabajo. Tras más de una hora de debate con el tribunal, le dimos la palabra a Mario, que, aparte de agradecer la atención, dijo que durante todo el tiempo que habíamos debatido sobre él y su obra se sentía... como aquella anécdota que contaba Charles Chaplin, que un día vio que se anunciaba un concurso de Charlots y se presentó a él quedando muy lejos de los primeros puestos, el último concretamente... El humor era una contraseña permanente del actuar de Benedetti, lo descubrimos ese día y, a partir de ahí, las muchas veces que estuvo por estas tierras y esta universidad, donde la visita casi anual de Mario significó la impartición de cursos, recitales y conferencias.

Entre los recuerdos sobresalientes, un curso en 1994 titulado “Un creador nos introduce en su propio mundo”, una semana de palabras donde recorría América Latina, Uruguay, el exilio, el desexilio, los personajes de su obra, su poesía, sus ensayos, el compromiso, etc. Recuerdo que en aquellos días dedicaba una parte de las sesiones a hablar de poetas más jóvenes que le in-